

Grandeza del sacerdocio y santidad del sacerdote

Algunos apuntes de espiritualidad sacerdotal a partir del *Apologeticus in Fuga* (Oratio II) de san Gregorio Nacianceno

Carlos María Marrero Moreno
Profesor de Patrística del ISTIC. Sede Gran Canaria

INTRODUCCIÓN

En el marco del Año Sacerdotal promulgado por Benedicto XVI el pasado mes de junio destinado especialmente a “favorecer esta tendencia de los sacerdotes a la perfección espiritual de la que depende sobre todo la eficacia de su ministerio”¹ deseamos ofrecer una pequeña aportación al mismo desde la teología patristica, presentando algunos aspectos de la espiritualidad sacerdotal recogidos en uno de los tratados más importantes sobre el sacerdocio en la antigüedad cristiana: El *Apologeticus in Fuga* de Gregorio de Nacianzo².

En el año 1980, el Siervo de Dios Juan Pablo II en su carta apostólica *Patres Ecclesiae* hacía una llamada especial a adentrarse en el estudio y comprensión de los Santos Padres ya que “de la vida extraída de sus Padres la Iglesia vive todavía hoy; sobre los fundamentos puestos por sus primeros cons-

1 Discurso a los miembros de la Congregación para el Clero reunidos en Asamblea plenaria el 16 de Marzo de 2009.

2 Esta obra ha servido de inspiración para otros dos grandes tratados sobre el sacerdocio en la época patristica: *El diálogo sobre el sacerdocio* de san Juan Crisóstomo y *La Regla Pastoral* de san Gregorio Magno. Lo mismo puede decirse de *Los deberes* de san Basilio (del 391) y de la *Carta a Nepociano* de san Jerónimo (del 394).

tructores todavía se edifica hoy en el gozo y en las penas de su camino y de su esfuerzo diario”³. No es el objeto de esta reflexión hacer una apología de la importancia del estudio de los Padres para la teología, la espiritualidad y la vida de la Iglesia, realidad en la que existe un amplio consenso y muchos documentos al respecto, pero sí acentuar que, en lo que a la comprensión y vivencia del sacerdocio se refiere, el modelo ministerial que los Padres han propuesto ha sido, en palabras de Ignacio Oñatibia, “el espejo en el que se han mirado generaciones y generaciones de obispos y presbíteros”⁴ y también “un momento de plenitud en la historia”⁵. Asimismo no podemos olvidar que el mismo Concilio Vaticano II asumió en buena medida la concepción patristica del sacerdocio⁶ que está en la base de los documentos más importantes sobre la formación de los futuros sacerdotes. Entre ellos hay que hacer una mención especial de la *Instrucción sobre el estudio de los Padres de la Iglesia en la Formación Sacerdotal* de la Congregación para la Educación Católica de 1989 que en el número 44 reza:

“Es evidente que la asidua familiaridad de los seminaristas con las obras de los Padres vigorizará su vida espiritual y litúrgica, arrojando una luz especial sobre su vocación, enraizándola en la milenaria tradición de la Iglesia y poniéndola en comunicación directa con la riqueza y pureza de los orígenes”⁷.

Así pues afrontamos el estudio de la *Oratio* II del Nacianceno sin pretender abarcar toda la riqueza de contenidos y matices de la espiritualidad patristica al respecto sino buscando presentar algunos apuntes de espiritualidad sacerdotal que proyecten una luz “siempre antigua y siempre nueva” para el aprendizaje en el vivir y el hacer de los Pastores del Tercer Milenio.

3 AAS 72 (1980) p.5.

4 Cf. OÑATIBIA, I., *Espiritualidad sacerdotal en los Santos Padres*, Congreso de Espiritualidad Sacerdotal, EDICE, Madrid 1989, 324. Recordemos la presencia del pensamiento patristico en la doctrina sacerdotal de autores como San Juan de Ribera, San Juan de Ávila y los autores de la Escuela Sacerdotal Francesa.

5 Cf. OÑATIBIA, I., *La espiritualidad presbiteral en su evolución histórica*, Simposio de Espiritualidad presbiteral, EDICE, Madrid 1987, 30.

6 *Optatam Totius*, 16; *Presbiterorum Ordinis*, 19. Sobre la contribución de los Padres al Concilio cf. MORENO MARTÍNEZ, J., *La herencia patristica del Vaticano II*, Toletana n° 7, 2002, 41-64.

7 Cf. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Instrucción sobre el estudio de los Padres de la Iglesia en la formación sacerdotal*, Roma 1989.

1. PERFIL DE SAN GREGORIO NACIANCENO

Antes de adentrarnos en el comentario de la obra, resulta conveniente acercarnos brevemente a la biografía⁸ de este ingente padre de la Iglesia oriental.

Gregorio nació en la pequeña ciudad de Nacianzo, de la que su padre, Gregorio el Mayor fue obispo durante 45 años., o en la cercana finca que la familia tenía en Arianzo. De familia noble, su madre Nonna, lo consagró a Dios desde su nacimiento que tradicionalmente se sitúa en torno al año 330 siendo coetáneo de su amigo Basilio. Tras la educación familiar, Gregorio gozó de una formación académica de altura junto a Basilio: primero en Cesarea de Capadocia, donde coincidió por vez primera con su amigo; luego en Cesarea de Palestina, en Alejandría y en la Academia de Atenas, donde conoció al futuro emperador Juliano y se reencontró con Basilio con el que le unirá la amistad para el resto de su vida. Hacia el año 356 regresa a su patria chica para enseñar retórica, pero influido por su gran amigo se entregó a la vida ascética junto con él en la comunidad monástica que éste tenía en Annisi en el Ponto. Recibió el Bautismo de manos de su padre, que lo ordenó sacerdote en el 361 para que lo ayudara en el trabajo de su diócesis. Gregorio consideró un acto de tiranía su ordenación y se negó a admitir el cargo no regresando a Nacianzo hasta la Pascua del 362. En la homilía que pronunció en esa fecha (*Oratio I*) se disculpó de su tardanza. Tras ella vino una segunda apología en forma de discurso, con un extenso tratado sobre el sacerdocio (*Oratio II, Apología De fuga*) que es la obra que ocupa nuestro estudio. Ya desde estos momentos se hace patente un rasgo característico de Gregorio: sus preferencias estaban en el estudio y la retórica en medio de la soledad y el recogimiento de la vida monástica. Él mismo afirma:

*Nada me parece más grande que esto: hacer callar los sentidos; salir de la carne del mundo; recogerse en sí mismo; no ocuparse ya de las cosas humanas, salvo de las estrictamente necesarias, hablar consigo mismo y con Dios*⁹.

8 Recurrimos para la presentación biográfica al estudio del profesor de la Facultad de Teología Católica de Paderborn, Hubertus Drobner en su obra *Manual de Patrología*, Herder, Barcelona 1999, 308-311.

9 Cf. *Oratio II*, 7. Nosotros usaremos la traducción de Santiago García Jalón en GREGORIO NACIANCENO, *Fuga y Autobiografía*, Ciudad Nueva, Madrid 1996, 38. Los textos que usemos serán citados por la página.

En el año 371, Basilio, obispo de Cesarea, una vez más contra el deseo del mismo Gregorio, lo quiso consagrar obispo de Sásima, localidad estratégicamente importante de Capadocia, pero rehusó tomar posesión del obispado y siguió ayudando a su padre hasta la muerte de éste en el 374. Posteriormente se retiró a Seleucia de Isauria, donde, tras la muerte del emperador Valente en el 378, le llegó el llamamiento para dirigir la pequeña comunidad nicena de Constantinopla donde la mayoría había aceptado la fe arriana. En la pequeña iglesia de la *Anástasis* pronunció sus famosos *Cinco Discursos Teológicos* para defender y hacer en cierto modo inteligible la fe trinitaria, que le granjearon el apelativo de “Teólogo” (atestiguado por primera vez en las actas conciliares de Calcedonia). Como recuerda Benedicto XVI:

Para él la teología no es una reflexión puramente humana, y mucho menos sólo fruto de complicadas especulaciones, sino que deriva de una vida de oración y de santidad, de un diálogo constante con Dios. En el silencio contemplativo, lleno de asombro ante las maravillas del misterio revelado, el alma acoge la belleza y la gloria divinas¹⁰.

Mientras participaba en el Segundo Concilio Ecuménico, en el año 381, san Gregorio fue elegido obispo de Constantinopla una vez que el emperador Teodosio obligara al obispo Demófilo a abandonar la ciudad. El Concilio reconoció a Gregorio como tal y, al morir Melecio de Antioquía, fue elegido presidente de la asamblea conciliar. Sin embargo, san Gregorio no consiguió mediar entre los diversos partidos del concilio y llegó a ser acusado de una elección irregular porque ya era obispo de Sásima. Para un alma tan sensible esa situación era insoportable. Así en un clima de fuerte tensión, san Gregorio presentó su dimisión que le fue aceptada con agrado. En la catedral pronunció un discurso de despedida muy emotivo y lleno de dignidad (*Oratio* 42)¹¹. Regresó a Nacianzo antes de que el concilio terminara y administró allí el obispado hasta que en el 383 su primo Eulalio fue elevado a obispo. Se retiró definitivamente a la soledad en la finca familiar de Arianzo, donde falleció probablemente en el año 390. La última fase de su vida, a partir de su llama-

10 Cf. Audiencia del 8 de Agosto de 2007 en *Grandes maestros de la Iglesia de los primeros siglos*, Edice Madrid 2009, 135-136.

11 *Oratio* 42: SC 384, 48-114.

miento a Constantinopla (379), fue el período más fértil de la creación literaria de Gregorio, donde compuso la mitad de las 44 homilías conservadas, la mayoría de las 249 cartas y la mayor parte de su obra poética, sobre todo autobiográfica: el *De vita sua*, un repaso en versos de su camino humano y espiritual, en palabra del Papa:

*Un camino ejemplar de un cristiano que sufre, de un hombre de gran interioridad en un mundo lleno de conflictos. Es un hombre que nos hace sentir la primacía de Dios y por eso también nos habla a nosotros, a nuestro mundo: sin Dios el hombre pierde su grandeza; sin Dios no hay auténtico humanismo*¹².

2. MOTIVOS DE LA ORATIO II. POSIBLE ESTRUCTURA Y SÍNTESIS DE LA OBRA

Como hemos indicado, fue en la soledad del monasterio de Annesi, a principios del año 362, cuando san Gregorio escribe, antes de su discurso de Pascua (*Oratio I*), este tratado apologético sobre su huida de Nacianzo tras recibir la ordenación sacerdotal. A diferencia de la *Oratio I*, pensada para un auditorio, el *De Fuga* se dirige a lectores y está redactado con un estilo marcadamente literario y retórico¹³.

Son muchos los motivos que convergen en este escrito (la nostalgia de los conciudadanos de Nacianzo por su marcha, la vejez y debilidad de sus padres, la obediencia a Dios) pero todos están unificados por el deseo de san Gregorio de escribir sustancialmente un tratado sobre la excelsa dignidad del sacerdocio y los requisitos que deben exigirse a los candidatos al ministerio ordenado.

12 BENEDICTO XVI, *Audiencia* (8-8-2007) en *Grandes maestros de la Iglesia de los primeros siglos*, 137.

13 “He sido vencido y confieso mi derrota. Suplicante acudo al Señor. He querido comenzar mi alocución con esas palabras del beatísimo David o, por mejor decir, de quien en David habló y aún nos habla, porque cuando alguien se dispone a hablar o a actuar, no puede imaginar mejor orden que el de comenzar por Dios y terminar por Él. Por cuanto hace a la causa de la renuencia y la cobardía que me han llevado a prolongar mi fuga y mi estancia” en *Ibid.*, 33.

San Gregorio, de espíritu sensible e impresionable, hombre tímido y retraído, sufre en la paz del monasterio de Annesi. Por un lado sabe que el ministerio pastoral que ha recibido le obliga a ocuparse de los demás y de sus cosas, y por tanto, ya no puede dedicarse exclusivamente a la meditación que es su verdadero deseo¹⁴. Por otra parte, es consciente de que su fuga ha producido escándalo entre sus conciudadanos de Nacianzo¹⁵. También que su padre ya mayor está realmente necesitado de alguien que le ayude en el gobierno de su diócesis, aunque no le perdona el que le haya forzado a recibir la ordenación¹⁶. Por último, no ignora que su iglesia diocesana está revuelta por cuestiones doctrinales¹⁷, ni tampoco el comportamiento indigno de muchos monjes y sacerdotes. Todas estas razones nos hacen entender su vuelta a Nacianzo y su deseo de dibujar en esta obra la verdadera figura del sacerdote.

Para completar esta rápida panorámica sobre el contexto de la obra, hemos de decir una palabra sobre el destinatario. Podemos afirmar al respecto que el imaginario público ante el que Gregorio pronuncia su apología es el clero de su diócesis de Nacianzo y contra éste y contra las comunidades monásticas se dirige la acusación de indignidad en el cumplimiento de sus deberes.¹⁸

En cuanto a la estructura de la *Oratio*, a juicio de algunos autores¹⁹, no es fácil describirla debido al estilo de Gregorio dado a tratar una gran cantidad de temas de una forma un tanto cíclica, y sin mucho orden. Además podemos afirmar que el título de la obra no se corresponde con el argumento principal que

14 “Sentí, además, el noble deseo de una vida tranquila y apartada, que siempre me había parecido atractiva, cosa poco común entre los dedicados a la oratoria”. Cf. GREGORIO NACIANCENO, op. cit., 37-38.

15 “No me es fácil soportar que se escandalicen de mí algunos que, desde el momento en que Dios ha querido que gozase yo de cierta estima entre los cristianos, examinan con suma atención todas mis acciones, las buenas y las malas. Con la defensa que sigue, procuraré reparar el escándalo que les he causado”. Ibid., 34.

16 Ibid., 116.

17 De estas cuestiones se hace eco la obra: “Siendo tres las enfermedades actuales de la teología, ateísmo, judaísmo y politeísmo (...) ¿cuál es mi parecer? Rechazar lo que en cada una de ellas es perjudicial y permanecer en la piedad”. Ibid., 63.

18 “La gente tiene esta actitud de desconfianza bien sea porque es ignorante, bien por causa del comportamiento de quienes son indignos de la profesión que han hecho. Estos tales designan con fealdad las acciones hermosas...” Ibid., 39.

19 Es el caso de E. BELLINI, *La Chiesa nel mistero della salvezza in Gregorio di Nacianzo*, Venegono Inferiore 1970. 97-100 citado en GREGORIO NACIANCENO, op. cit., 20.

se desarrolla en ella ya que el autor dedica sólo quince de los ciento diecisiete capítulos a la “apología” de su huida y posterior retorno a Nacianzo. Por el contrario, Gregorio dedica casi cien capítulos a tratar la sublimidad del ministerio sacerdotal y que es la causa principal de su fuga.

El primer capítulo sirve de proemio a toda la obra. Los capítulos 2-9 dan razón de sus sentimientos y sus motivos para refugiarse en la soledad de Anne-si: él no busca ser motivo de escándalo (2); experimentó agobio cuando su padre lo ordenó inesperadamente (6), afirma la necesidad de una jerarquía dentro de la Iglesia (3-5), manifiesta su deseo de abrazar la vida monástica (6-7); siente vergüenza del horrendo espectáculo que los sacerdotes ofrecen (8) y no deja de manifestar su temor de ser indigno para ejercer el sacerdocio (9-10).

Los capítulos 10, 102 a 104 y 105 a 109, describen los motivos de su regreso: la nostalgia de sus conciudadanos (102), la vejez de sus padres (103), la obediencia a Dios cuyo ejemplo bíblico es Jonás (106-109).

El objeto central del discurso está destinado a desarrollar la capacidad, la doctrina y la virtud requeridas para el ejercicio del ministerio sacerdotal (11-116)²⁰.

La conclusión se sitúa en el último capítulo de la obra, el 117.

Para terminar este apartado, afrontamos la presentación de una sumaria síntesis del contenido del discurso destacando los temas principales que aborda el Nacianceno²¹.

Un primer tema es la pasión de san Gregorio por la vida monástica, abrazada por él como consecuencia de una promesa hecha a Dios cuando en el curso de un viaje entre Alejandría y Atenas corrió el peligro de naufragar²². Para nuestro autor ésta es el culmen de las aspiraciones del cristiano²³. Pero el descrédito de la vida ascética causada por la incoherencia de sus miembros pone en

20 Dentro de este apartado central podemos destacar los números 36-38, que saliéndose de la temática sacerdotal, manifiestan la pasión del Nacianceno por los temas doctrinales, como la defensa de la Trinidad, ante ciertas posturas heterodoxas que están contaminando su propia diócesis.

21 Cf. GREGORIO NACIANCENO, op. cit., 22-24.

22 “Añádase a esto que cierta vez que me vi en grandes y gravísimos aprietos, prometí a Dios retirarme en soledad”. Ibid., 38.

23 “Nada había que me pareciera más hermoso que acallar los sentidos, hacerse extraño a la carne y al mundo, retirarse uno en sí mismo, no cuidarse de las cosas humanas sino lo imprescindible y hablar con la propia alma y con Dios.” Ibid., 38.

evidencia las palabras de Gregorio y su aspiración a este estilo ideal de vida y hace que los fieles de Nacianzo no puedan justificar la fuga de su pastor.

Un motivo más grave ha empujado al Nacianceno a la huida el cual constituye el motivo central del tratado: la altísima responsabilidad del ministerio sacerdotal y las fuertes exigencias vitales y espirituales que éste requiere para su ejercicio²⁴. Gregorio se da cuenta del daño que la conducta incoherente del sacerdote produce a su prójimo²⁵. Además regir y sanar las almas es una tarea ardua y difícil porque requiere de una atención y acompañamiento personalizados²⁶. El pastor no está exento de obstáculos y trampas en su servicio ministerial y debe tener una serie de cualidades para superarlas, entre ellas una vida equilibrada²⁷. No obstante, en su delicada misión, tiene el ejemplo de grandes pastores como es el caso de san Pablo (51-56).

Siguen luego una serie de advertencias y de amenazas siguiendo algunos textos bíblicos contra los sacerdotes ansiosos e indignos de recibir las sagradas órdenes (57-70)²⁸.

Hay una realidad que constantemente está rondando la cabeza y el corazón de san Gregorio y es, como ya hemos apuntado, la sublimidad del sacerdocio y la enorme responsabilidad de santidad que supone para el ministro (71 y 75-77) esta enorme responsabilidad implica tiempo, maduración, prudencia, no puede ser tomada a la ligera (72-73).

Continúa Gregorio describiendo el abandono del ideal sacerdotal, la intromisión de los laicos en las competencias de los clérigos y el peligro constante de las disputas doctrinales (78-93). Ciertamente es un panorama bastante

24 Refiriéndose al pastor de almas afirma nuestro autor: “Para un hombre es siempre difícil saber obedecer, pero cabe que sea mayor la dificultad de saber mandar a otros hombres, máxime si se trata de un poder como éste nuestro que consiste en la ley de Dios y a Dios conduce. Cuanta es la hondura y la dignidad de este poder, tanto es también el peligro que entraña para quien lo detenta”. *Ibid.*, 41-42.

25 “no somos pintores ineptos de una virtud magnífica, sino malos modelos para pintores que tal vez no sean malos, aunque no creo que esto pueda aplicarse al común”. *Ibid.*, 44.

26 “Sería equivocado pensar que a todos convienen las mismas actitudes: no todos los hombres tienen la misma edad ni los mismos rasgos”. *Ibid.*, 45.

27 “hay que caminar por una vía real que verdaderamente lo sea y poner el mayor empeño en no desviarse ni a derecha ni a izquierda, como dicen los Proverbios”. *Ibid.*, 60.

28 Gregorio hace un recorrido por toda la Escritura haciéndose eco de la denuncia profética a los malos pastores y la actitud de Jesús frente a los escribas y fariseos.

desalentador²⁹. Frente a esta situación contrasta, de nuevo, la llamada del autor a vivir un ministerio exigente en el servicio del altar, en la coherencia de vida, en la identificación con Cristo Cabeza y Pastor (94-99).

A pesar del temor por no cumplir con los requisitos necesarios para desempeñar tan excelso servicio, Gregorio confiesa que el ministerio sacerdotal no puede ser rechazado (103-115) porque este rechazo supondría en última instancia negar el carisma pastoral con que el Espíritu Santo marca a los ordenandos para ejercer su misión. Acudiendo al ejemplo de obediencia del profeta Jonás (106-110), Gregorio decide volver como expresión de su deseo de ser obediente a la voluntad de Dios y se abandona en sus manos, con la confianza puesta en su gracia (116-117)³⁰.

3. ALGUNOS ASPECTOS DE LA ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL A DESTACAR³¹

3.1.- El Sacerdocio, una exigencia de santidad. (*Oratio* II, 8)

Existe una convicción fundamental en todos los autores que abordaron el tema de la espiritualidad sacerdotal en la antigüedad y es su convencimiento de que los que entran a formar parte del gobierno pastoral de la comunidad cristiana requieren una exigencia nueva de santidad en función precisamente de esta situación especial que ocupan en la Iglesia y del *officium* en general que les ha sido encomendado. Los Padres en sus obras cantan la grandeza y la sublimidad del sacerdocio³². Así nuestro autor tiende a concebir el ministerio pastoral

29 “Observamos unos los pecados de los otros, no para compadecerlos, sino para echárselos en cara; no para remediarlos, sino para acusarlos y disculpar nuestros defectos con las caídas del prójimo. Buenos y malos no se distinguen ya por su conducta, sino por el acuerdo o la disensión de las opiniones”. Cf. GREGORIO NACIANCENO, op. cit., 99.30 “Qué necesidad hay ya de más palabras? ¡Heme aquí, pastores y compañeros! ¡Heme aquí, grey sagrada, digna de Cristo, el primer pastor! ¡Heme aquí, padre, reducido y sujeto, más conforme a la ley de Cristo que a las externas! ¡Dame tu bendición a cambio de mi obediencia! Ibid., 125.

31 Para el desarrollo de este apartado tendremos en cuenta las consideraciones de Ignacio Oñatibia en el artículo citado *Espiritualidad sacerdotal en los Santos Padres*, op. cit., 323-347 y en la parte patristica de su otro trabajo *La espiritualidad presbiteral en su evolución histórica en Espiritualidad del presbítero diocesano secular*, op. cit., 25-41.

32 Cf. RODERO, F., *El sacerdocio en los Padres de la Iglesia, Grandeza, Pequeñez y Ascesis*. Ciudad Nueva, Madrid 1993.

ante todo como un “programa de virtud”³³ que va más allá de cualquier profesión o funcionariado. Esto le lleva al temor y al sufrimiento de poder “manchar” con su indignidad e infidelidad el oficio más sagrado de un hombre:

He sentido vergüenza ajena por quienes no siendo mejores que los demás, y hasta sería ya bastante que no fueran peores que ellos, con las manos sucias y el alma profanada, según suele decirse, se acercan a las cosas más santas e, incluso sin haberse purificado para participar de ellas, reclaman el derecho de sentarse junto al altar. Éstos representan en torno al altar una comedia, una impostura...³⁴.

Otro elemento común en los Padres es la exigencia de que sólo sean elegidos y promovidos al ministerio los que han dado prueba de una virtud trabajada. Por ello, Gregorio Nacianceno insiste en que el candidato debe tener un tiempo largo y lento de preparación, para que se le pueda confiar, con garantía, la responsabilidad de la dirección de la Iglesia³⁵. La invitación a una preparación concienzuda va en proporción con la importancia de las responsabilidades del oficio sacerdotal. Por eso exclama:

¿quién que todavía no haya entendido ni aprendido a hablar de la sabiduría de Dios escondida en el misterio, niño todavía (...) aceptará alegre y animoso ser cabeza de la plenitud de Cristo?³⁶

Y en relación con el dominio de sí mismo afirma:

Y, sin embargo, antes de haberla dominado, en la medida en que eso es posible, y de haber purificado adecuadamente su espíritu y de haber superado con mucho a todos por su proximidad a Dios, no considero prudente que nadie acepte ser guía de las almas e intermediario entre Dios y los hombres, lo cual es justamente la misión del sacerdote³⁷.

Según nuestro autor, la principal dificultad que entraña el sacerdocio y que hace obligatoria una preparación radical de los candidatos estriba en que se

33 Cf. GREGORIO NACIANCENO, op. cit., 40.34 Ibidem.

35 Cf. OÑATIBIA, I., *La formación sacerdotal según san Gregorio Nacianceno*, Revista Surge. Vol. 51 1993, 468-484.

36 Cf. GREGORIO NACIANCENO, op. cit, 114.

37 Ibid., 106.

trata de la “dirección y del gobierno de las almas³⁸”, es decir, que los fieles son seres racionales con libertad creados a imagen de Dios:

He pensado siempre, y sigo pensándolo ahora, que no es lo mismo gobernar un rebaño o un hato, que guiar las almas de los hombres. Porque a los rebaños de animales basta con hacerlos crecer y engordar cuanto sea posible (...) Pero nunca se ha visto que atiendan a la virtud de sus ovejas o sus vacas³⁹.

El sacerdote, a juicio del Nacianceno, en el ejercicio de su ministerio, es portador de una medicina espiritual que busca la divinización de las almas:

La medicina espiritual tiene por fin poner alas al alma, de manera que pueda arrancarla al mundo y entregarla a Dios; cuidar lo que es conforme a la imagen si hay riesgo de que se pierda, o recuperarlo si ya ha desaparecido, llevando a Cristo a los corazones con la ayuda del Espíritu⁴⁰.

Gregorio va a hacer uso de este símil entre el cuidado y la curación de los cuerpos y el de las almas, para reforzar la grandeza y sublimidad del ministerio ordenado⁴¹. Para nuestro autor, esta “terapia espiritual” es diversa y variada según las personas y por lo tanto no puede ser tajante ni absoluta:

La realidad no es como la virtud o el vicio, que son la primera, bellísima y siempre conveniente a todos y el segundo malo y en extremo perjudicial. (...) Esto vale para la austeridad, la mansedumbre y el resto de las virtudes que antes hemos enumerado, que unas veces son buenas y útiles y otras lo contrario, según las circunstancias se presentan y según lo dicta la índole de los pacientes⁴².

A partir de estas bases, los Santos Padres dedujeron la siguiente consecuencia: la condición sacerdotal obliga a los ministros a una santidad mayor que la que se pide a los seglares: la superioridad de su rango y oficio de traducirse en una calidad de vida que tiende a la perfección. Por eso nuestro autor insistió

38 La antinomia alma-cuerpo es uno de los tópicos más usados por Gregorio. Influida por su formación ateniense, se interesa por las teorías paganas sobre el alma siempre que sean concordes con la ortodoxia. Cf. PINAULT H., *Le Platonisme de saint Grégoire de Nazianze*, París 1925.39 GREGORIO NACIANCENO, op. cit., 41.

40 Ibid., 52.

41 Ibid., nn. 16-34.

42 Ibid., 59.

rá en que los que se encuentran encumbrados sobre los fieles por su ministerio, deben aventajarles por su virtud y su intimidad con Dios⁴³.

Igual que en el cuerpo hay una parte que manda y como que preside y otra sometida a guía y gobierno, Dios, con equidad que atiende al mérito y providencia que todo lo armoniza, ha querido que hubiera quienes fueran encaminados al cumplimiento de sus deberes mediante la palabra y el ejemplo ajenos (...) mientras que otros fueran puestos al frente de la Iglesia como pastores y maestros y éstos por su virtud y su familiaridad con las cosas divinas han de sobresalir por encima de los otros⁴⁴.

Como consecuencia lógica de este pensamiento, los pecados de los ministros revisten mayor gravedad que la de los fieles y el juicio de Dios para ellos será más riguroso, así lo considera nuestro autor inspirándose en el profeta Oseas:

Cuanta es la hondura y la dignidad de este poder, tanto es también el peligro que entraña para quien lo detenta⁴⁵.

A mí el profeta Oseas me infunde terror cuando dice que habrá de recaer el juicio sobre nosotros, sacerdotes y jefes, porque hemos sido como un lazo tejido sobre la presa y como una red extendida sobre el Tabor manejada por quienes cazan las almas de los hombres⁴⁶.

La santidad en el sacerdote no es una realidad abstracta, los Santos Padres señalan en concreto las virtudes que deberían cultivar los pastores para poder vivir esta condición⁴⁷: ser mansos, ajenos a toda ira, desprendidos, no amantes del dinero, sinceros, no calumniadores ni dobles de lengua, probados, maduros, misericordiosos, diligentes⁴⁸ ...La necesidad de cultivar tantas y tan variadas virtudes lleva a nuestro autor a pedir que el sacerdote sea simple y a la

43 A juicio de Oñatibia, textos como éstos comunes a otros autores como Juan Crisóstomo, Ambrosio o Jerónimo, evidencian cierta impronta clericalista que comienza a hacerse presente.

44 Ibid., 34-35.

45 Ibid., 42.

46 Ibid., 82.

47 Consideramos que cuando el Nacianceno expresa su temor de no llevar el “vestido nupcial”, está, en cierto modo, indicando la cantidad de virtudes que trae consigo la condición sacerdotal. Cf. Ibid., 97.

48 Cf. PASCUAL TORRÓ, op. cit., 18-19.

vez “versátil”, hombre de muchas y variadas virtudes para cumplir con su cometido de educador espiritual:

Así, estando este cuerpo de la Iglesia constituido por muchas y diferentes costumbres y razones, de idéntica forma a un organismo vivo compuesto y diferente, es del todo imprescindible que su cabeza sea simple en cuanto a la sinceridad que en todo debe tener y tan vario y versátil cuanto sea posible en lo que toca a la relación con cada una y en cuanto a la conveniencia de tratar con todos⁴⁹.

3.2.- Los sacerdotes llamados a la santidad por ser colaboradores de Dios en “el supremo arte de conducir a los hombres” (*Oratio II*, 16)

Según la tradición patristica, la ordenación pone al ministro ordenado, ante todo, al servicio del proyecto salvador de Dios, lo hace colaborador de Dios e instrumento suyo en la divinización del ser humano. Desde esta perspectiva, lo primero que intentan los Padres es inculcar a los Pastores la sublimidad de la misión que han recibido. San Gregorio Nacianceno, habla del ministerio pastoral como del “arte de las artes”⁵⁰. Los sacerdotes deben considerarse humildes y dóciles instrumentos de Dios en su obra de salvación que es eminentemente divina y que busca la divinización del ser humano. Así lo considera el Nacianceno, como hemos advertido, al hablar de la medicina espiritual:

La medicina espiritual tiene por fin (...) llevar a Cristo a los corazones con la ayuda del Espíritu. En definitiva: conformar el alma a Dios y conducir a la bienaventuranza a aquella (el alma) que de por sí pertenece a la esfera de lo celeste⁵¹.

Todo ello requiere una serie de actitudes de lo más variadas y que son expresión, en definitiva, de la grandeza del ministerio y de la exigencia de santidad del ministro⁵², que ya hemos apuntado:

49 Ibid., 69.

50 Ibid., 46.

51 Ibid., 52.

52 A juicio de Oñatibia, no hay que extrañarse de que los ministros de la Iglesia empezaran a tomar conciencia de “separados” inspirándose en la espiritualidad levítica. Cf. OÑATIBIA, I., *Espiritualidad sacerdotal...* op. cit., 332.

*Es necesario purificarse antes de purificar, alcanzar la sabiduría antes de transmitirla, hacerse luz para iluminar, acercarse a Dios para guiar a otros, ser santos para santificar, llevar de la mano y aconsejar con prudencia*⁵³.

Según G. Jouassard, en la antigüedad cristiana, a falta de centros de formación sacerdotal, los ministros de la Iglesia se formaban en función de modelos de imitación contemporánea y del pasado de la Iglesia y del Pueblo de la Primera Alianza⁵⁴. Nuestro autor no se queda atrás en esta empresa y propone como modelos a grandes personajes del Primer Testamento y del Evangelio, pero, sobre todo, la figura de Pablo de Tarso:

*Me refiero a Moisés, Aarón, Josué, Elías, Eliseo, los Jueces, Samuel, David, la multitud de los profetas, Juan, los doce discípulos y los demás que les sucedieron, que con tantos sudores y fatigas desempeñaron la presidencia cada uno en su momento. Pero dejando a todos esos, acudamos solamente a Pablo como testimonio de nuestras palabras y consideremos en él cuán grande sea el cuidado de las almas*⁵⁵.

3.3. La santidad sacerdotal expresión de la configuración con Cristo (*Oratio II*, 98)

El ser colaborador de Dios en la obra de la salvación, inspiró en los Padres reflexiones y meditaciones de gran calado sobre el tipo de relaciones entre Dios y su ministro, que reclama el ministerio ordenado. Por eso, para la Patrística, la ordenación conlleva necesariamente una relación muy estrecha y profunda, ontológica, entre el sacerdote y Cristo. Esta relación constituye para nuestros autores la dimensión teológica más profunda del ministerio apostólico y el eje fundamental de su doctrina sobre la espiritualidad sacerdotal⁵⁶. Para los Santos Padres esta sustitución sacramental del sacerdote por Cristo debe realizarse en la identidad de la propia persona, es decir, antes de pensar en las funciones y deberes ministeriales, tiene que darse en el sacerdote una identificación

53 Cf. GREGORIO NACIANCENO, op. cit., 92.

54 Cf. JOUASSARD, G., *Pour une étude du sacerdoce au temps des Pères*: AA.VV., *La Tradition Sacerdotale*, Le Puy, 1959, 109-125 cit en OÑATIBIA, I., *Espiritualidad sacerdotal...* op. cit., 333.

55 Cf. GREGORIO NACIANCENO, op. cit., 76.

56 Cf. PASCUAL TORRÓ, op. cit., 14 -15.

personal con Jesucristo. Ser lo que se es⁵⁷. Para ello, la Patrística recurre al lenguaje icónico-simbólico: el sacerdote es signo, imagen, tipo, símbolo, sacramento, representante de Cristo. Nuestro autor en la *Oratio II* describe al pastor de almas como aquel que reproduce el mismo pensamiento de Cristo y se convierte, por su relación íntima y frecuente con él, en tabernáculo vivo de Cristo en el Espíritu, por eso él puede participar de las prerrogativas de Cristo, una larga lista de nombres que él recoge de Orígenes: Hijo, Imagen, Verbo, Sabiduría, Verdad, Luz, Cabeza, Siervo, Pastor, Cordero, Pontífice, Víctima...⁵⁸.

Esta configuración radical con Cristo debe prolongarse y profundizarse en un esfuerzo por imitarlo. Es la respuesta del elegido al don del sacerdocio. San Gregorio Nacianceno propone a san Pablo como modelo de esta *imitatio Christi* e invita a los sacerdotes a secundar su estela frente a los malos ejemplos de sus contemporáneos:

*Esto (hizo) Pablo y quienes se le han asemejado en el espíritu. Y mucho me temo que nosotros, en comparación con ellos, parezcamos como necios príncipes de Tanis, exactores hasta de la última de las espigas, hombres que sin fundamento se jactan de hacer la felicidad de su pueblo cuando, muy por el contrario, son ellos quienes se benefician del pueblo*⁵⁹.

3.4. Santos en el servicio a la Iglesia, en la humildad y la obediencia. (*Oratio II*, 113)

Esta colaboración de los sacerdotes en la obra histórica de la salvación y de la redención se concreta plásticamente en la edificación de la Iglesia del Señor contribuyendo al crecimiento del Cuerpo de Cristo. La preocupación primera de los Padres, en este sentido, es la de crear en los ministros ordenados una alta estima de la tarea que han recibido en relación con la Iglesia. Ellos son, como dice el Nacianceno, la parte del cuerpo que manda y preside, los que están puestos al frente de la Iglesia como pastores y maestros y los que tienen que sobresalir por encima de todos. Son, siguiendo, la tradición platónica tan viva en nuestro autor, “el alma para el cuerpo o la mente para el alma”⁶⁰.

57 Cf. RODERO, F., op. cit., 15.

58 Cf. GREGORIO NACIANCENO, op. cit., 111-114.

59 Ibid., 80-81.

60 Ibid., 34-35.

Los Padres están convencidos de que el motor de esa dedicación generosa a la Iglesia no puede ser más que el amor. Sólo el amor a la Iglesia les puede obligar a aceptar la responsabilidad de dirigir una comunidad. Por eso nuestro autor, que huyó por el miedo a la responsabilidad, regresa y acepta la tarea pastoral como expresión de humildad, caridad y obediencia al Dios que le ha llamado y a la comunidad a la que debe servir:

En remedio del miedo a la dirección vendrá quizás el ejercicio de la obediencia, porque con su bondad Dios recompensa la fe y hace jefe perfecto a quien confía y pone en él todas sus esperanzas(...) me he retirado un poco, para examinarme y dar consuelo a mi dolor. Pero ahora he aceptado exaltar a Dios en la asamblea del pueblo y alabarlo en la sede de los ancianos⁶¹.

3.5. Santos a la altura de las funciones ministeriales

Una realidad común en la patrística es que no se distingue entre la función ministerial y la actitud interior del ministro. No se trata de compartimentos estancos. Por eso los padres están lejos de la concepción del ministerio como puro funcionariado⁶². Las funciones ministeriales tienen relación con la santidad en un doble sentido. Por un lado, como hemos visto en san Gregorio, obligan al sacerdote a ser santo y por lo tanto a un ejercicio de ascesis permanente para poder acercarse a las cosas santas, santamente⁶³. Por otro lado le ofrecen la posibilidad de un crecimiento en la gracia, de una progresiva santificación en el ejercicio del ministerio y no al margen del mismo, lo que conocemos como “Caridad Pastoral” que es “el principio interior, la virtud que anima y guía la vida espiritual del presbítero en cuanto configurado con Cristo Cabeza y Pastor”⁶⁴.

61 Ibid., 123-124.

62 Esta idea es central en todos los documentos y obras de espiritualidad sacerdotal. Recordemos la *Presbyterorum Ordinis* en el número 12 o la *Pastores dabo vobis* en su capítulo III. Valgan también como ejemplo las palabras de Benedicto XVI en su carta para la convocación de este Año Sacerdotal del 16 de Junio de 2009, en que anima a todos los sacerdotes a que aprendan a identificarse con su propio ministerio siguiendo el ejemplo del Cura de Ars. El sacerdote con toda humildad debe aspirar a la identificación entre persona y misión como Cristo. Apostando y trabajando por hacer confluir la santidad objetiva del ministerio con la santidad subjetiva del ministro.

63 Cf. RODERO, F., op. cit., 20-22.

64 *Pastores dabo vobis*, 23. Cf. MARTINI, C. M., *El ejercicio del ministerio, fuente de espiritualidad sacerdotal*, en *Congreso de espiritualidad sacerdotal*, op. cit., 173-191.

Sin embargo, debemos afirmar con Oñatibia que este segundo aspecto, la santificación del ministro por el ejercicio del ministerio, no tiene en la literatura patristica el relieve del primero como estamos advirtiendo en la *Oratio II*.

3.5.1. En el ministerio de la Palabra, (*Oratio II*, 35)

La necesidad de santidad en el ministro la apoyarán los Padres también (en un segundo momento) en las tareas ministeriales. En primer lugar, en el ministerio de la Palabra. El predicador está obligado a predicar la Palabra de Dios con palabras y de obra. San Gregorio Nacianceno utilizará el binomio *logô kai ergô* para expresar esta realidad:

*En suma, y por no detallar las indicaciones una a una: que sea tal su virtud (de los ministros) que sean ellos tan modestos, tan prudentes y, por decirlo todo de una vez, tan celestiales que progrese el Evangelio por su conducta no menos que por su predicación*⁶⁵.

Además el Nacianceno considera este ministerio de la predicación como la función principal del ministro ordenado: *quod nostrorum omnium primum est*⁶⁶. La predicación de la Palabra es para san Gregorio una exigencia de santidad y está llamada a tener una fuerte incidencia en la vida espiritual del predicador. El “Teólogo” insiste en su obra en que este ministerio pide necesariamente una ciencia proporcionada a la altura de tan excelso deber. Esta debe considerarse como la primera condición de acceso al sacerdocio:

*A mí me parece de lo más difícil y cosa que requiere un espíritu elevado administrar esa Palabra oportunamente a cada uno y dispensar con prudencia las verdades de nuestra doctrina, que habla de los mundos o el mundo, de la naturaleza, del alma, del entendimiento (...) de la Providencia que abarca y dirige todo*⁶⁷.

El ministerio de la Palabra obliga a que el ministro esté en posesión de la “sabiduría”, es decir, de la ciencia de las cosas divinas y humanas⁶⁸. Pero para la

65 GREGORIO NACIANCENO, op. cit., 91.

66 Ibid., 61. Una muestra evidente de la centralidad del ministerio de la Palabra en los Padres es el amplio espacio que dedican a este aspecto los tres tratados clásicos del sacerdocio de la antigüedad: el de san Juan Crisóstomo, el de san Gregorio Magno y el de nuestro autor.

67 Ibidem.

68 Ibid., 74.

adquisición de ésta se requiere, como hemos indicado más arriba, tiempo y trabajo, es un proceso largo y lento:

*Y la sabiduría que sobrepasa a todo y que contiene y posee en sí todas las bellezas, hasta el punto que el mismo Dios se complace con este nombre más que con cualquier otro de los muchos con que es llamado, ¿habremos de tenerla por tan vana y abyecta que puede conseguirse con sólo desearlo?*⁶⁹.

Gregorio se queja como de un mal común en su tiempo, el que todo el mundo se crea con derecho de hablar de cuestiones teológicas⁷⁰. Para poder hablar de las cosas de Dios es preciso haber alcanzado una competencia real en las cosas divinas que nace de la contemplación de la dulzura del Señor⁷¹, es decir, antes de lanzarse a predicar a otros, el predicador debe aprender a escuchar a Dios por dentro. Según el Nacianceno, su amigo Basilio “descansaba sobre el pecho de Dios y de allí sacaba la fuerza de la palabra y la profundidad de los pensamientos”⁷².

Por último, para la predicación es indispensable la purificación. Ya hemos tratado este tema con relación a la santidad del ministro, pero en esta cuestión, adquiere una importancia relevante. San Gregorio Nacianceno entiende la preparación ascética en términos de purificación (*katarsis*) y es éste uno de los temas capitales de su doctrina espiritual⁷³. En la línea de una tradición que remonta a Filón, identifica *praxis* con *katarsis*⁷⁴. Así, para ejercer dignamente el ministerio de la Palabra no solamente se requiere del ministro la sabiduría, sino también la pureza:

*Comprender estas cosas y exponerlas adecuadamente... requeriría mayor tiempo... por eso ahora y siempre es necesario el Espíritu... Sólo quien es puro puede alcanzar lo puro e inmutable*⁷⁵.

69 Ibidem

70 Ibid., 66-67.

71 Ibid., n° 96-99.

72 Or. 43, 76: PG 36, 597D, cit. en OÑATIBIA, *Espiritualidad sacerdotal...*, op. cit., 344.

73 Cf. OÑATIBIA, *La formación sacerdotal según san Gregorio Nacianceno*, op. cit., 481ss.

74 Cf. SPIDLIK, Th., *Grégoire de Nazianze. Introduction à l'étude de sa doctrine spirituelle* (Orientalia Christiana Analecta, 189), Roma 1971 cit. en Ibid., 481.

75 GREGORIO NACIANCENO, op. cit., 65.

3.5.2. En el servicio del altar (*Oratio II*, 8)

Las funciones culturales obligan al sacerdote a acercarse a Dios en nombre del pueblo, a hacer de intermediario⁷⁶, a moverse en la proximidad del misterio. Esto requiere también un nivel alto de perfección y de *katharsis*. La tipología del Primer Testamento ofrece abundantes puntos de apoyo que el Nacianceno supo utilizar con verdadera maestría⁷⁷. Sin llegar a la herejía donatista, los padres no dejan de inculcar a los sacerdotes la exigencia de santidad que emana de su función santificadora. Oigamos una vez más al Teólogo en esta dirección:

Sabiendo yo esto y que nadie es digno de la grandeza de Dios, que es al mismo tiempo víctima y pontífice, sino quien se ha ofrecido a sí mismo antes como víctima viva y santa, ha manifestado un culto espiritual agradable a Dios y ofrecido el sacrificio de alabanza y el espíritu contrito, único sacrificio que desea de nosotros quien todo nos lo ha dado, ¿cómo habría osado ofrecerle el sacrificio exterior que hace presente los grandes misterios? ¿Cómo revestirme de la figura y nombre del sacerdote antes de haber consagrado mis manos con obras santas...?78.

3.5.3. En la responsabilidad del gobierno del Pueblo de Dios (*Oratio II*, 71)

Hemos apuntado ya que, según los Padres, aceptar la responsabilidad de la presidencia en la Iglesia es una prueba de amor a Cristo y a la misma comunidad. Así pues, el ejercicio de esa responsabilidad como servicio, debe traducirse en amor pastoral. Gregorio es consciente, como ya hemos dicho, de que guiar las almas de los hombres es una empresa delicadísima y que el ejercicio del gobierno es más difícil que el de la obediencia del súbdito, “máxime si se trata de un poder como éste nuestro que consiste en la ley de Dios y a Dios conduce”⁷⁹. No hace falta que volvamos a insistir en las exigencias personales que este gobierno supone para el ministro ordenado y que el Nacianceno no deja de tener en cuenta en toda su exposición apologética, pero recordemos que para el

76 Ibid., 106.

77 Ibid., n° 92-93.

78 Ibid., 109-110.

79 Ibid., 41-42.

sacerdote no basta con estar limpio de pecado para poder guiar a los demás en el camino de la virtud. El sacerdote “debe no solo erradicar del alma los rasgos negativos, sino imprimir en ella los caracteres mejores para que sobresalga por su virtud más que por su dignidad”⁸⁰. Esta empresa de la dirección de las almas requerirá de un equilibrio y un tacto exquisito como quienes caminan sobre una cuerda ya que “en las cosas del alma el descamino, débese a ignorancia o a malicia, entraña para quien yerra y para los guiados por él un peligro de pecado no pequeño”⁸¹.

Esta es la misión del sacerdote, “Conocer las almas de su grey para guiarlas según manda el arte del pastoreo cuando es recta y justa y digna de nuestro verdadero buen Pastor”⁸². Por lo que no cabe duda de que asumir la función de gobierno obliga al candidato al sacerdocio y al propio ministro a ejercitarse en la obediencia a Dios. Así lo entiende en medio de su conflicto interior nuestro autor: “Pero esta actividad espiritual es superior a mis fuerzas, este asumir la guía y el imperio de las almas, cuando ni siquiera he aprendido del todo a dejarme conducir”⁸³. Gregorio es consciente de que en virtud de la ordenación, tiene aseguradas la presencia de Cristo y la asistencia del Espíritu en el ejercicio de su ministerio por eso se abandona en las manos de Dios con la absoluta confianza de que como dice san Pablo a la comunidad de Filipos y se nos recuerda en el escrutinio sobre la obediencia en la liturgia de la ordenación “Dios que comenzó en ti la obra buena, Él mismo la lleve a término” (Filp 1,6). Y así, pastores y grey, todos juntos puedan celebrar el en Templo de la Santísima Trinidad su gloria por toda la eternidad. Terminamos volviendo a dar a la palabra a nuestro “Teólogo”:

*Me postro por tierra y me humillo bajo la poderosa mano de Dios y pido perdón por mi pasada pereza, si es que de algún modo se me achaca esa culpa. (...) Ahora he aceptado exaltar a Dios en la asamblea del pueblo y alabarlo en la sede de los ancianos. Si lo anterior fue digno de condena, esto me gana la comprensión*⁸⁴.

80 Ibid., 44.

81 Ibid., 60.

82 Ibidem., 60.

83 Ibid., 97-98.

84 Ibid., 124-125.

CONCLUSIÓN

Después de este recorrido por uno de los tratados clásicos de la antigüedad cristiana sobre el sacerdocio, podemos concluir afirmando que la espiritualidad que los Padres proponen a los ministros de la Iglesia es una espiritualidad que gira en torno al ministerio, nace de él como una exigencia ante la grandeza del mismo y está enteramente orientada a su servicio y fructificación. Es el ministerio el que dicta la ley de la existencia sacerdotal y el que, por tanto, focaliza la llamada a vivir en la santidad.

A lo largo de la exposición de la *Oratio II* de san Gregorio Nacianceno, hemos podido advertir que los Padres presentan una concepción del ministerio ordenado unitaria, profunda y equilibrada, vertebrada en torno a la grandeza del sacerdocio como exigencia de la santidad del sacerdote⁸⁵. En este Año Sacerdotal consideramos que una mirada contemplativa a estos “gigantes de la fe” que son los Padres y que nosotros hemos hecho desde el prisma del Nacianceno, se convierte en un estímulo y un acicate poderoso para que todos los sacerdotes actualicemos nuestra comprensión y vivencia del ministerio fundamental y especialmente como una llamada constante a la santidad que nace del sacramento del Orden⁸⁶.

85 Esta presentación del sacerdocio que marca la época patristica no estuvo exenta de reduccionismos y deformaciones en la concepción del ministerio y en la forma de vida de los ministros que pronto se harán visibles: la progresiva consideración del ministerio ordenado como *dignitas*, ahondando las diferencias entre clero y pueblo y facilitando una progresiva conciencia de “segregación” entre los ministros y la acentuación del aspecto cultural-sacerdotal. Cf. OÑATIBIA, I., *La espiritualidad presbiteral en su evolución histórica*. Op. cit., 37-41.

86 *Pastores dabo vobis*, 33.